

SALUDO AL NUEVO LIBRO

DE ARISTÓTELES A LA ESCALA DE JACOB Y A SU AUTOR, MONSEÑOR HERNÁN SALCEDO PLAZAS

Intercolombia, Bogotá, D.C., 2000.

Estamos en presencia de un profesor universitario, que enseña, más que filosofía o teología, las humanidades que las entrañan. Y lo hace siguiendo textos de autores magníficos.

La enseñanza de las humanidades ha sido tarea –si es que se puede llamar así–, de los que Strauss nombra como los grandes maestros, que no son otros que los grandes maestros de la literatura universal, de ayer, de hoy y de siempre. Y esa enseñanza se recibe, por lo mismo, mediante la lectura, fuente de la vida intelectual.

El triunfo de un profesor de humanidades es haber logrado que alguno de sus alumnos comprenda eso y lo practique. A veces aparece la tendencia a considerar que la vida intelectual se nutre exclusivamente de la filosofía y que su fuente, entonces, se encuentra en el pensamiento de los filósofos. Y en verdad, ¡qué buen intelectual es el que dialoga a diario con los filósofos, con Platón, con Aristóteles, con Santo Tomás y con los demás miembros de la cofradía de los filósofos, que diría León de Greiff!. Pero el que dialoga con Cervantes y con Shakespeare, con García Márquez y con Rulfo, no es inferior en potencia.

Volviendo a la filosofía como fuente exclusiva de intelectualidad, diré que si se entiende que hablamos formalmente de la filosofía considerada como la ciencia y disciplina de los descendientes de los presocráticos, debemos oponernos rotundamente a una tal consideración. En cambio, si vemos en la vida intelectual un campo de la sabiduría, y en la filosofía su forma de pensamiento, y en el lenguaje humano su expresión (sea ese lenguaje la palabra, sea la música, sean la línea y el color, el mármol, el oro o el barro, el teatro o el cine o la video-televisión, en fin), me parece a mí que corresponde con mejor derecho a la literatura entregarla, entregar esa vida a sus destinatarios, los seres dotados de razón y de sentidos.

La cultura, concebida como la entrega del hombre a los hombres, como la perpetuación de cada día del hombre en lo que de valioso comporta, encuentra su voz más nítida en la obra literaria.

No sé ustedes qué pensarán, ni si le ven relevancia al punto. Para mí, en cambio, para mi cátedra, es vital. Se trata de una reflexión sobre literatura y humanidades, sobre su relación.

CREACIÓN Y DISCURSO LÓGICO

No es que yo componga estas realidades literarias. Es que ellas mismas, en cierta manera, están como contrapuestas. Pero en otra cierta manera no son disímiles, se necesitan y se complementan.

Estoy trabajando con un concepto de creación que la asimila a la poesía. Y la poesía es un conocimiento alógico de la realidad. Esta palabra –alógico– es inútil buscarla en el Diccionario de la Real Academia, que no la trae. Pero en filosofía, a cuyo idioma pertenece, se ha formado legítimamente con el prefijo a y el sufijo lógico, y designa lo que en sí mismo entraña un valor conceptual más allá de la lógica en cuanto método de la razón discursiva.

La creación, como conocimiento, es alógica. Y pienso que el estudioso de la literatura debe tener esto en cuenta al acercarse a obras de una y otra condición. Sobre todo para que comprendamos de verdad la obra literaria. Y para que podamos comprender cierta crítica literaria que no ha tenido en cuenta esta precaución al abordar la obra literaria en su origen más remoto.

Otra cosa maravillosa es que con tanta frecuencia, sobre todo en la más alta literatura, lo lógico y lo alógico se juntan, como sucede en obras épicas, por ejemplo.

La Comedia del Dante tiene lo lógico de la historia, la política, la teología, la geografía; y lo alógico del elán o elación del estro, más el misterio de su creación. El prodigio de esa unión –me parece– lo logra primigeniamente la palabra, el lenguaje, que es creación por esencia,

expresado lógicamente en su formulación. Y tal vez la lógica del lenguaje, al expresar a la obra literaria, dé una nueva luz al producto creado, luz que sin hacer parte del hecho creador, lo asume frente a la inteligencia del lector y del auditor. Pero es esto, la creación, lo que ha de fascinar al receptor: el lenguaje lógico deberá ocupar discretamente su sitio tal vez secundario, como Beatrice, que representa la teología, hace, a las puertas del empuje, donde sólo es dado a la contemplación mística deleitarse.

Pero en el libro que presentamos hoy se asume un concepto muy hermoso de lo que es la filosofía. Cuando el autor se refiere a su método que lo llevó a escribir, desvela que «la amistad es el origen y la fuente de filosofar, su lugar primordial. La búsqueda de la verdad no es para el autor un esfuerzo solitario y anónimo. La luz en que resplandece la realidad es justamente la amistad». Y nos da una clave: «A mi parecer –dice–, el secreto para introducirse en los escritos del autor es éste: la cumbre de la sabiduría es la amistad». De modo que aunque este libro –*De Aristóteles a la Escala de Jacob*– en su materialidad pueda considerarse una unión de creación y discurso lógico, porque sus dos partes –¡Pasa! Y Génesis– son expresiones de altísima, sabia y sencilla poesía, en su interioridad o espíritu nos entregan esa cumbre de la sabiduría que es la amistad: «¡Pasa! –dice el autor– invita a la amistad, Génesis la canta».

A un libro que ha tenido tan feliz origen y nacimiento, deseémosle una recepción amistosa, en el sentido filosófico y el éxito de su propia luz, en el de la alta poesía. Que se multipliquen los discípulos del noble maestro, y se sumerjan en ese mar de la unidad y de la realidad que es su obra. ■

DAVID MEJIA VELILLA